

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

LAS SILVAS AMERICANAS

Fragmentos inéditos

PRIMERA PARTE

I

Tú que pides al suelo ora materias
en que se ocupe artífice ingenioso,
ora sustancias que a los hombres nutran,
antes que todo observa del terreno
el clima y temple; si abrigado yace
en un valle profundo, o si la espalda
de un monte ocupa; si colinas breves
acá y allá se elevan con suave
ascenso, o de una plana superficie
se ofrece la apariencia, do en invierno
hacen mansión las aguas e inficionan
con vapores morbíficos el aire;
cómo reciba de la luz dorada
la vital influencia, y a cuál punto
mire del orbe etéreo; si se cruzan
sobre su faz arroyos cristalinos,
o si sediento en el verano invoca
las aguas de los cielos; y cuál sea
de antiguos labradores la costumbre,
y qué nativas plantas alimente.

II

La faz, antes que todo, del terreno
debes mirar, la situación y el clima;
si ocupa el hondo seno
de calurosos valles, o la cima
y pendientes laderas
de una montaña o yace a la ribera
de un cristalino río;
si de abundantes jugos da señales
o si templar su sed en el estío
es menester, llevando por canales

las dulces ondas a la gleba ardiente;
si el imperio del hombre ya consiente
o domarlo es preciso a hierro y fuego;
cuál en él haya sido desde luego
la inmemorial costumbre
de la rústica gente,
de dó reciba la celeste lumbre,
y qué nativas plantas alimente.

.....
Tanto menos dominio el frío invierno
tiene en los climas, cuanto más lejano
del humilde horizonte el sol discurre,
y menos alto en la estrellada esfera
se ve el Dragón del Norte, o la Paloma
del cielo Austral. Por eso dividido
en cinco zonas el terrestre globo
pintó la antigüedad; las dos extremas
a los polos vecinas, triste patria
de infecundos helechos, jamás premian
el sudor del colono: estivas nieves
malogran su esperanza, y con los monstruos
del mar a combatir le obligan
por el diario sustento. Las templadas
zonas entre las frías y la ardiente
yacen, do de purpúreas flores Mayo,
y de espigas doradas la cabeza
corona Julio; donde tiñe Octubre
sus pies en los lagares espumosos,
y cuando los terrones ateridos,
constrñe el rudo invierno, del paterno
techo al abrigo, y del hogar caliente,
hace el colono a las fatigas pausas.

.....
Sabia Naturaleza
dio varios dones a los varios climas;
ni es uno el vegetal, que en la rudeza
de la zona glaciaria, o en las opimas
márgenes crece del sagrado Betis,
el que en las cumbres de los Alpes mora,
o en el imperio líquido de Tetis.
Ni solo el vegetal, mas cuanto dora
la etérea luz, o cuanto el mar encierra,
o en sus entrañas recelosa esconde,
la común Madre, a la virtud propicia
o del aire o del agua o de la tierra

vario en sustancia y formas corresponde.
¿Ves cómo eterno cebo a la codicia
ofrece, y de su plata el orbe inunda
México? ¿Ves el hierro que al guerrero
Cantabria da, los granos de que abunda
Mauritania, y las uvas del ibero?
Mientras que su café celebra ufana
Arabia, y su canela Trapobana,
el ruso al mar el pino añejo envía
que hará la furia de los vientos vana;
Haití en sus montes la caoba cría,
y el oaqueño en su nopal la grana.

Su vellón la vicuña da al peruano,
da al caribe el Atlántico sus perlas...
Mas ¿quién decir las obras de tu mano
o quién puede en guarismo comprenderlas,
Eterna Causa, inescrutable fuente
del ser y de la vida? No, no es dado
mensurar tu poder ni al abrasado
querubín que a tu trono refulgente
sirve de estrado, y cubre con las alas
su faz ante la gloria de tu frente.
Tú que al gran Todo, cual angosta escena,
de una mirada calas,
Tú que por ambos cabos la cadena
sostienes de los orbes, que las puras
ondas de los etéreos golfos hienden,
o equilibrados de sí mismos penden,
Tú solo a numerar tus criaturas
Padre del Universo eres bastante.
El hombre, cuya vida es un instante,
cuya mirada un punto circunscribe,
solamente percibe
de tus prodigios una breve parte,
y en el inmenso libro puede sólo
descifrar una línea y adorarte.

.....
La faz, primeramente, del terreno
la situación y el clima
debes examinar; si el hondo seno
de valles abrigados, o la cima
y pendientes laderas
de una montaña ocupa, o las riberas
de un cristalino río;
si de abundantes jugos da señales,

o si templar su sed en el estío
es menester, llevando por canales
las dulces ondas a la gleba ardiente;
si el imperio del hombre ya consiente
o domarlo es preciso a hierro y fuego;
cómo reciba la celeste lumbre;
cuál en él haya sido desde luego
la inmemorial costumbre
de la rústica gente;
y qué nativas plantas alimente.

Sabia Naturaleza

hizo varios presentes a los climas;
ni es uno el vegetal que en la rudeza
de la costa glacial o en las opimas
márgenes crece del sagrado Betis,
el que las cumbres de los Alpes viste
o besa el pie de la salobre Tetis.
Ni solo el vegetal; mas cuanto existe,
cuanto esconde la mar o alumbra el día
o la gran Madre en sus entrañas cría
siente el influjo del paterno cielo,
de la tierra, o del aura natalicia.
¿Ves cuán fecundo el mexicano suelo
pábulo eterno dando a la codicia
de torrentes de plata el orbe inunda?
¿Ves cómo de granos el morisco abunda,
y en generosas uvas el ibero?
Mas el duro metal da a Marte fiero
Cimbria; la Arabia en su café se ufana,
y en su grata canela Trapobana.
La pacífica oliva de Minerva
las márgenes del Arno condecora.
¿Diré de Cuba la olorosa hierba
que cuando en humo leve se evapora
dulce cordial del alma
divierte el ocio y los cuidados calma?
¿O las fragantes lágrimas que llora
el arbusto sabeo?
¿O las piedras que compra el europeo
en los felices reinos de la Aurora?
El ruso al mar el roble añejo envía,
su vellón la vicuña da al peruano,
da al caribe el Atlántico sus perlas...
Mas ¿quién decir las obras de tu mano
quién alcanza en guarismo a comprenderlas,

Eterna Causa, inescrutable fuente
del ser y de la vida? No, no es dado
mensurar tu poder ni al abrasado
serafín que a tu solio refulgente
de escabel sirve y cubre con las alas
su faz ante la gloria de tu frente.
Tú que el gran todo cual angosta escena
de una mirada calas,
Tú que por ambos cabos la cadena
sostienes de los orbes, que las puras
ondas de los etéreos golfos hienden
o en el gran vacuo equilibradas penden,
Tú solo a numerar tus criaturas
Padre del Universo eres bastante.
El hombre cuya vida es un instante,
cuya mirada un punto circunscribe,
solamente percibe
de tus prodigios una breve parte,
y en el inmenso libro puede sólo
descifrar una línea y adorarte,

.....
Naturaleza a los diversos climas
diversos dones concedió; ni es uno
el vegetal que en los polares yermos
sufre eternas heladas, y el que habita
en la templada zona, do a la nieve
sucede el blando aliento de Favonio,
o el que da sombra a las ardientes playas
que ven sumirse en la salobre espuma
el carro boreal. Ni el árbol solo
mas cuanto vive, y cuanto crece, y cuanto
sostiene el globo, o en sus entrañas hondas
albergan, el influjo de los cielos
de la materna tierra, y de las auras
natalicias conoce. ¿No reparas
cómo abundoso de metales ricos
pábulo eterno a la codicia ofrece
el suelo mexicano? Mas la Iberia
sus mármoles alaba; el ruso inerte
sus alerces y pinos que en las ondas
al Euro borrascoso desafían;
su hierro Cimbria; el Líbano su cedro.
Espanto de las selvas africanas
salta el rayado tigre tras la presa;
mientras que haciendo escarnio de los dardos
al rojo cazador del Orinoco

embiste el cocodrilo; al sarraceno
sirve el camello, el elefante al indio;
su vellón da al peruano la vicuña;
da al caribe el Atlántico sus perlas...
¿Pero quién de Tus obras portentosas
puede la varia innumerable suma
declarar, Causa Eterna, Eterna Fuente
del ser y de la vida? No, no es dado
calar de Tu poder el hondo abismo
ni a los puros espíritus, que sirven
de escabel a Tu trono, y con las alas
velan su faz ante el dosel de gloria
en que sublime estás; ni a los que mueven
en espacios sin límites, o sólo
limitado a Tu vista, la cadena
inmensa de los mundos. Todo canta
de Tu magnificencia los prodigios,
Tú con el orden la riqueza uniste,
con lo simple lo vario. Mas el hombre
como el insecto que en el verde cáliz
de una flor es nacido, y vive y muere,
sólo una parte mínima contempla
de maravillas tantas, y en el libro
de la Naturaleza puede sólo
descifrar una línea y adorarte.

III

Ni sólo el sitio, que del suelo debe
el grano examinarse y la apariencia.
Es tierra pingüe, la que inculta lleve
árboles de robusta corpulencia;
que ni toda es arcilla
ni arena toda, mas un medio justo;
de color entre negra y amarilla,
suave al tacto, y desabrida al gusto.
No fácilmente en el verano adusto
se pulveriza o parte;
no se pega a los dedos manoseada,
ni espira ingrato olor recién mojada.
Mas de la mala tierra, en mucha parte
puede los vicios corregir el arte.
Mézclese arena a la gredosa, y greda
a la que en demasía es arenosa;
la que tras el esquilmo exhausta queda

haz que restaure su vigor ociosa;
la que es húmeda, al sol ararse debe,
la pobre de sustancia, cuando llueve.

.....

Así también la greda
que de la justa proporción exceda
al vegetal no poca
injuria causa. Con ansiosa boca
chupa el claro licor; mas lo retiene
avarienta en sí misma, de manera
que a la raíz pequeña parte viene;
y tórnase, oreada,
en firme pasta, que rehusa entrada
a la luz, humedad de la atmosfera
de donde luego aviene,
que el vegetal de sed se abraza y muera.

Sobrada cal también esteriliza,
que demasiado ardiente es de natura;
mas con arena o greda la caliza
tierra mezclada, o bien la suelta arena
con la greda tenaz, a la cultura
responde; ni de todas la mixtura
a vil baldío el labrador condena.

Pero donde la tierra no contiene
la ceniza, disuelta ya y menuda,
de animales y plantas, nada viene
que con alegre carga al hombre acuda.
Decreto es de Natura que alimente
aquello que ha vivido a lo viviente.
No para siempre encarceló la Parca
a su triste cautivo, que el candado
quebrante al fin del arca
funérea, y de sus hierros desatado
su forma en otras formas convertida
pace otra vez las auras de la vida,
Cual propio bien con el despojo ajeno
nos ufanamos hoy ¡breve ufanía!
para volverle al seno
de la materia en el prescrito día,
tal es el fardo del vivir terreno.
Mas en otra manera
el Padre omnipotente,
ordenara los hados y el gobierno
de la raza viviente

en aquella primera
Aurora, que con nuevo albor rosado
la sombra desgarró del caos eterno.
Inacabable ser le fue acordado,
segura paz y dulce bienandanza
y copia sin hastío
y sin engaño amor y sin mudanza.
Pero vestido de culebra astuta
al Arcángel impío
sedujo al hombre; el hombre inobediente
osó gustar la prohibida fruta.
De allí nuestro dolor. Súbitamente
se apareció la Muerte, el descarnado
brazo de hoz armado
que a la terrestre gente
infatigable siega.
Ni sola vino; densa tropa llega
de crímenes que sendas cada día
descubren al morir. Huyó la pía
inocencia y nació la ley austera
que puso al campo valla, al pueblo muro.
Huyó la dicha, y vino la esperanza
mensajera falaz del bien futuro,
de las artes solícita nodriza.
Ya gime el yunque; al hombre su pujanza
somete el bruto; y desplegó a la brisa
túrgidas velas el bajel; ya doma
la reja el campo; el hijo de la selva
la índole montaraz depone, y muda
la amarga baya en regalada poma.

Tú si el campo quisieres que se vuelva
de terco dócil, mixturar no duda
las tierras diferentes, abonando
una con otra y con el polvo blando
de orgánica materia.
Así el terrón se esponja, así se empapa
de la frescura aeria,
y porción muy pequeña se le escapa
del riego y lluvia y matinal rocío.
Por eso aquellos campos que ha dejado
mudando lecho, un caudaloso río
o que de tiempo en tiempo inunda hinchado,
tuvieron justamente
de fértiles renombre; que con diente
mordaz el agua, cuanto errando toca,

lima; y la misma roca
deshace al fin, que silenciosa lava,
montañas desmorona, valles cava,
y las varias menudas partecillas
arrastra, mezcla, y de fecundo lodo
por doquiera que va, lo cubre todo.
Y más la que contempla a sus orillas
alegre sucesión de torreados
lugares, alquerías y ganados,
y fugaz acarrea el pingüe fimo
de hombres y brutos. Tal, ¡oh Nilo hermoso!
el prolífico limo
que ufano con las parias de la Etiopia
llevas a Egipto; así del venturoso
agricultor corona las fatigas
indefectible copia,
y no basta la hoz a las espigas.

Mas beoda la gleba se requiere
do caluroso el clima y seco fuere;
y más también, do el móvil suelo es hondo
y la grave humedad se filtra al fondo;
donde toldo a la tierra no entreteje
el vegetal que en ella se cultive,
o do escurrir las dulces ondas deje
de la ladera el rápido declive.
Bajo la línea, pues, o bajo el polo,
u en zonas, do al ardor sucede el hielo,
su propia y peculiar temperatura
a cada planta señaló Natura.
Mas cuanto erige la ancha frente al cielo
un monte ecuatorial, tanto mitiga
su ardor genial, y si la adusta falda
orna de copos y de negra palda,
en sus laderas a la rubia espiga
templado hospicio ofrece.

.....
Bajo la línea pues o bajo el polo,
o do el ardor alterna con el hielo,
su propio temple y suelo
a cada planta señaló Natura.
Mas cuanto eleva la ancha frente al cielo
un monte ecuatorial, tanto en frescura
gana el adusto clima, y de apariencia
muda la alpestre población frondosa,
y si en la falda, expuesta a la violencia

de tórridos calores,
la enhiesta palma se levanta airosa,
y cubiertos de juncos trepadores
los árboles mayores
ven de sus ramas descolgarse al viento
foliaje extraño y peregrinas flores;
luego, en más fresco asiento,
la americana encina
descuella y la balsámica resina
del liquidámbar chupan auras leves;
mientras con ceño eterno
reina, en arreo de brumales nieves,
sobre los yermos picos el Invierno.

.....

Bajo la línea, pues, o bajo el polo
o do el ardor alterna con el hielo,
su propio temple y suelo
a cada planta señaló Natura.
Mas cuanto eleva sobre el mar la cima
un monte ecuatorial, tanto en frescura
gana el adusto clima,
y si en la falda expuesta
a perpetuo calor la palma enhiesta
sobre humildes opuncias y popayos
alza, cual verde parasol, su copa
a donde de parleros guacamayos
viene a mecerse la pintada tropa
y envueltos en bejucos trepadores
los árboles mayores
ven asombrados, de su copa anciana,
ajena pompa descolgarse al viento;
en menos bajo y más templado asiento
la americana encina
se levanta lozana;
su veloso capullo abre la quina,
su aroma el aura al liquidámbar bebe;
mientras con ceño eterno
reina, en arreos de encrespada nieve,
sobre los yermos picos el Invierno.

IV

En lomas elevadas mas no tanto
que deslustre a la tierra el verde manto
la escarcha y los pimpollos tiernos tale,

también medra el café, la yuca medra;
ni el cambure se arredra
de pintar su racimo; y tanto vale
la nativa frescura
que no apetece riego el arbolillo.
No es allí de la selva la espesura
cual del Aragua o Tuy en la ribera,
ni con la mala hierba el escardillo
ha tanto que lidiar. Así vestida
una y otra ladera
se ve de suave-olientes cafetales
en El Hatillo, y donde sus reales
asentaba otro tiempo la aguerrida
gente mariche, y donde el teque fiero.

Si tan rígido empero
el alto clima fuese
que ni esperar la yuca permitiese,
la mazorca nativa coronada
de purpúrea melena,
puede nutrir nostante la chilena
papa su globo, y la manzana puede
a perfección llegar, y la preciada
poma que a Persia debe nombre y cuna.

V

En bajos llanos cuando el estío
recuece el campo y los terrones hiende,
debe el colono la humedad fecunda
mantener con el riego; allí se place
el plátano lustroso; ahí su tallo
nectáreo erige la otaitina caña,
y el arbusto de Arabia se corona
de cerezas purpúreas y el cacao
de hermosa grana sus mazorcas tiñe,
ni el trigo mexicano sus espigas
ve malograr, ni el algodón sus copos.

Mas en las frescas lomas no requieren
las plantas vigorosas el socorro
de artificial irrigación: contenta
con las anuales lluvias y el rocío
educa allí sus globos harinosos
la chilena patata; allí se inclina

el cambure prolífico a la tierra,
de melifluos racimos agobiado.

.....

En las profundas vegas
que del Sol los geniales rayos cuecen
y lluvias y canales humedecen
cuales son, Tuy dichoso, las que riegas,
es do Natura con más pompa brilla.
¿Quién a las plantas que en tu margen crecen
poner nombre o guarismo hay que presuma?
Antes podráse en la bramante orilla
contar las gotas de estrellada espuma
o los menudos átomos de arena.
¡Oh qué de formas miro allí juntarse!
Cuál se levanta de arrogancia llena,
y crecer y morir y renovarse
ve a su sombra la plebe enmarañada;
cuál de garras armada
se ase de otras y sube, a la melena
de la cañada amena
sus débiles bejucos enlazando;
cual que injertó Natura
en algún alta copa, contemplando
está desde su altura
el susurrante caos; penacho leve,
que el primer llanto de la aurora bebe;
ésta flota en el agua, estotra gira
como enroscada sierpe, haciendo alfombra
al negro suelo, o con voluble espira
abrazando tal vez el tronco anciano;
todo vestido está, fresco y lozano;
una ama el claro día, otra la sombra,
una la enjuta loma, y otra el llano.
Ceibas, laureles, mirtos, vides, gramas
apiñados están; ramas a ramas
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, hacen la guerra;
a las ramas, al aire, a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.

.....

En la vega profunda
que del sol los geniales rayos cuecen
y lluvias y canales humedecen
como las que el ameno Tuy fecunda,
es do la rica almendra
que de Caracas la riqueza hacía,

en mazorcas de púrpura se cría.
Allí también acendra
el arbusto de Arabia el blando aroma
de su baya sanguina,
y da el mamey su naranjada poma
y la caña otaitina
su tallo dulce, y su raíz la yuca.

.....
Diferente es el clima donde lleve
el algodón lanífero su nieve.
Los inviernos allí Naturaleza
determinó con límite seguro;
ni del copo inmaduro
viene a injuriar la cándida belleza,
por el aire batiendo
su empapado plumaje el cierzo frío.
Cuando en menudo polvo torna estío
el cocido terrón, y está muriendo
de sed el monte, y aun la humilde vega,
súbito horror de nubes se congrega
en el olimpo, y fuertes aguaceros
refrigeran el año caluroso.
Pero no bien los huracanes fieros
lanza a la mar Octubre proceloso,
alma serenidad jamás turbada
ríe en los aires; no hay oscura nube
que ose empañar la bóveda azulada,
o si descuelga el tenebroso velo
la noche, o si la grande antorcha sube
y en un golfo de luz convierte el cielo;
hasta que Primavera rubicunda,
alterando, fecunda
los varios elementos,
y cruza el aire en alas de los vientos
vaga hueste de nubes, que ya envía
la suspirada lluvia a los sembrados.
Así la Providencia con eterna
saludable armonía
el giro anual gobierna,
en tus valles, Aragua, afortunados.
Tal es el suelo do el cacao su almendra
cría en urnas purpúreas. Allí acendra
el arbusto de Arabia el blando aroma
de su baya sanguina.
Allí el mamey su naranjada poma
y su robusta nuez el coco educa,

y la caña otaitina
su dulce tallo, y su raíz la yuca,
y su arropada espiga
brinda el maíz y a fallecer obliga
la pesadumbre de la hermosa carga
al banano, primero de los dones
que dio la Providencia en copia larga
del tostado ecuador a las naciones;
cuya sabrosa fruta
la pobre mesa del esclavo adorna;
o cuando cruda o cuando al sol enjuta
en hilos de dorada miel se torna;
vegetal bienhechor, que no forzado
de humanas artes rinde el premio opimo
y ni al rastro es deudor, ni al rudo arado
ni a la corva segur de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
ofrecerle a intervalos mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba
numerosa prosapia le sucede.

VI

Así ves coronarse tu ribera
de algodón, y de añil, con quien pudiera
sus algodones confundir Bengala,
sus añiles la bella Guatemala.
También la yuca, así; y así prospera
la dulce caña, ni el café rehusa
tu comarca feliz, ni el fruto enano
del cambure africano,
ni el trigo haitino o la haitina musa
que guarda el nombre de su patria antigua.
Así también tu margen Tacarigua
de variadas cosechas enriqueces,
tú, plateado lago, que humedeces
de la Nueva Valencia el campo ameno,
y acoges en tu seno
de cien dulces raudales en tributo.
Ni el Aragua ni el Tuy producen fruto
que no den tus estancias exquisito.
Ni tiene el mundo tan feliz distrito
más amable ribera
que el que a tu entorno yace,
ni bella perspectiva que solace

la vista, como tú, del pasajero,
o ya cuando se ve de la mañana
el claro albor primero,
y tu horizonte se tiñó de grana
y un mar figuras de ondeante niebla;
o cuando ocupa el mundo la tiniebla
y la cándida luna se retrata
en tu cristal, y con su luz de plata
la callada ribera está bañando,
y de cucuyas mil bandadas bellas
por la líquida sombra van volando
cual fugitivo ejército de estrellas;
o por el claro día
cuando en toda su pompa y lozanía
tus playas y tus islas verdeguean
y por la tierra y por las altas copas
y por el aire embalsamado tropas
de felices vivientes juegan
todo es amor, y todo es armonía.
Mas otros climas piden ya tu canto
¡oh rústica Talía!

VII

Mas ¡oh, si cual no cede
la tuya, Venezuela, a tierra alguna,
y como de Natura esmero ha sido
de tu indolente habitador lo fuera!
Que al ávido extranjero no pidiera
lo que le brinda el tuyo agradecido,
y ni el toscano olivo envidiaría
ni el lino egipcio, ni la vid ibera;
y en la cumbre que agora abriga fieras,
cabe el olivo y el nogal vería
madurarse las uvas y las peras.

VIII

Antes que todo, si una selva umbría
tienes que desmontar, cuida primero
que en propicia estación el corvo acero
los corpulentos árboles derribe
y toda la maleza enmarañada;
y que de su frescura el sol la prive,

y del materno gremio separada
los naturales jugos evapore
para que el fuego prenda fácilmente
y de un extremo al otro la devore.

.....
Antes que todo, si una selva umbría
tienes que desmontar, cuida primero
que la postre el acero
en tiempo y que sus jugos evapore
al sol expuesta, a fin que prenda luego
rápidamente en la hojarasca el fuego
y de un extremo al otro la devore;
antes que te lo impida
de las primeras aguas la avenida.
Suele a Caracas la estación lluviosa
mayo traer; por eso aquí temprano
cuando febrero de su pompa hojosa
al bucare desnuda, ya en la mano
la hoz relumbra, y ya desapiadada
desbasta de los brutos la morada.
Suena el hacha; los golpes el lejano
eco redobla. Ya el samán añoso
de tantos huracanes victorioso,
se bambanea, da el postrer gemido,
y barre el suelo; el ciervo huyó medroso;
deja la prole implume y caro nido
el ave, y otro bosque, no sabido
de los humanos, va a buscar doliente.
Ah guarte, no la dé mortal venganza
la traidora serpiente
que enroscada tal vez ocupa el hueco
de un viejo tronco, puesta en acechanza
para clavarte el venenoso diente.

.....
Mas derribado el alto bosque y seco
sea el incendio en tal región prendido
de do lo empuje a las demás el viento.
Antes habrás, empero, prevenido
una barrera al rápido elemento
en torno despejando
toda materia que cebarle pueda.
Si no, desenfrenado irá talando
por montes y por campos la arboleda
y ni la verde selva será parte
a sujetarle, ni del hombre el arte...
¡Cielos! ¿qué torbellino de humareda

la luz embarga, y nube sobre nube
aglomerando, en parte espira sube
por el éter inmenso? Cual si el bando
de espíritus rebeldes que al Infierno
precipitado fue, de nuevo alzando
sedicioso pendón contra el Eterno
la damantina cárcel quebrantara,
y el Abismo en bostezos vomitara
huestes de fuego armadas que impusiesen
montes a montes y a escalar subiesen
el alcázar Empíreo. Mas en cuanto
la parda noche descogió su manto
crece el horror: del Avila eminente
se ve ardiendo en mil partes la floresta.
Como en aquella noche, que la gente
ha dedicado a regocijo y fiesta
brillan en las cornisas y portales
de un soberbio palacio mil labores
y grupos mil de antorchas y fanales;
el resplandor de lejos reverbera
en calles, plazas, domos, miradores;
pártese en rumbos mil desta manera
la llama activa, y desde el alta cumbre
por cuanto en derredor la vista abraza
se derrama la trémula vislumbre.
Mas ¡ay! no nos anuncia regocijo,
estrageo sí, rüinas amenaza.
¡Mísero labrador cuyo cortijo
cercano está! tener tú parecía
segura la cosecha; mas el día
nunca verás, cuitado,
de conducir tus frutos al mercado.
Tarde la grey servil, tarde se afana
abriendo contra fuegos: la hidra insana
nuevas cabezas alza y por doquiera
señalan su carrera
cenizas yermas. ¡Ah! si al fin tocado
de la miseria humana
no hubiese Dios la brisa encadenado,
y libertad no diera
al Sur lluvioso que el incendio apaga;
adivinarse el fin no se pudiera
de la tremenda asoladora plaga.

SEGUNDA PARTE

I

Ninfa de los desiertos, poesía,
tú que en la soledad
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría;
tú a quien la verde gruta fue morada,
los ecos solitarios compañía,
tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que coronas del valor las sienes;
también allí la florecida vega,
la selva enmarañada, el sesgo río
colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas,
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el Rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta,
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre Ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana
el torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus mejores días
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo

la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.

Descuelga, pues, de la caduca encina
la dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar de la fuente cristalina,
las inocentes gracias de Natura,
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagorosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina;
do viste aun su primeral ropaje
la tierra, apenas sometida al hombre...

II

Hija de la memoria,
que a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
albergue el antro solitario hiciste
y el eco de los montes compañía:
deja ya, deja el suelo
de la soberbia Europa, que desama
tu rustiquez nativa, y tiende el vuelo
a donde el mundo de Colón te llama;
que también crece allí la verde rama
con que al ingenio y al valor coronas;
y allí también la selva, el bosque, el río
digno sujeto a tu pincel ofrecen;
y entre musgosas peñas la cascada
arcos descuelga de cristal sonoro;
y viste Abril al campo su librea;
y agita la espigada
mies el fogoso estío en días de oro,
y la noche su carro clavetea
de fúlgidos diamantes veladores;
y la aurora, ahuyentando, en presta fuga
la yerta sombra, a desvolver madruga
el gayado tapiz de los colores.
El padre de la luz en nacarado
trono sobre las ondas se levanta,

y en aprendidas notas el alado
coro con dulce pico himnos le canta.
¿Qué a ti, silvestre ninfa, con la pompa
de mármóreos alcázares reales?
Deja que rinda en ellos
la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja;
que no tal te vio a ti tu edad más bella,
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
dictaste al mundo las primeras leyes.
Deja, que es tiempo ya, deja a la lucha
de la ambición las depravadas cortes,
do de tiranos execrable liga
jurado ha el yugo en que los pueblos gimen
hacer eterno, y que la mente esclava
mire otra vez lobreguecer en torno
la antigua noche de barbarie y crimen;
do ante el poder se arrastra
la santa religión envilecida;
donde la libertad vano delirio
la servidumbre fe, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.
De la encina que abrigó a Permeso
bajo el follaje espeso
y cede hoy a los años carcomida,
descuelga la sagrada lira de oro,
con que los atractivos inocentes,
la virginal belleza
de la Naturaleza.
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el ancho Atlántico batiendo
las refulgentes alas, a otros prados
a otros bosques alegres,
a otro mundo, a otras gentes te encaminas,
do viste inculta el primeral ropaje
y aun no bien de los hombres reconoce
la tierra vasallaje;
y la riqueza de los climas todos,
desde la yerma antártica marina
hasta la helada Osa,
en su seno feraz cría y esmera
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Oceano hija postrera.

¿Qué habitación te aguarda? ¿Qué altanera

cumbre, qué soto ameno
harás tu domicilio? ¿En qué dichosa
playa estampada tu sandalia de oro
será primero? ¿Dónde el vasto Plata,
que de Albión los héroes vio humillados,
la enseña azul retrata
de Buenos Aires libre, y el unido
caudal de cien vasallos poderosos
arrastra en lenta majestad, dudando
si dé a la mar tributo? ¿O donde emboza
su doble cima el Avila entre nubes
y la ciudad renace de Losada?
¿O bien los venturosos
valles del Maipo vencedor prefieres,
que a su guirnalda de mojas ovas
la espiga enlaza de la madre Ceres?
Allí el candor, allí la fe que imita
la de la edad dorada
con el valor y el patriotismo habita.
¿O por ventura la ciudad te agrada
que el Aguila posada
sobre el nopal mostró al azteca errante,
a la sierpe fatal clavando el pico,
entre las corvas garras apresada;
y el suelo de inexhaustas venas rico
que casi hartaron la avarienta Europa?
¿O escoges por morada
a quien el manso Guayas acarrea
de mágicos jardines bella tropa,
que en sus cristales nada
y al jayán de los Andes corpulento
que en nieve eterna el ancha espalda arropa?
Ya de la mar del sur la bella Reina,
a cuyas hijas dio la gracia en dote
Naturaleza, a prepararte asiento
bajo su blando cielo se apresura,
que no destempla oscura
lluvia jamás, ni embravecido viento.
¿O será que demandes por ventura
a la florida Guatemala hospicio
o a Quito excelso, que entre canas cumbres
eterno aliento bebe
a tu celeste inspiración propicio?
Mas oye do tronando, entre peinada
muralla de peñascos, se abre calle,
y envuelto en blanca nube

de vacilantes iris matizada,
con salto audaz el Bogotá
del Madalén se precipita al valle?
Allí memorias de tempranos días
hallarás; cuando en ocio deleitoso
fácil sustento dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
rasgase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado había
de oro o de cetro la codicia impía
el hierro atroz: aún no degenerado
entre paredes albergaba el hombre,
huésped de la sospecha y del cuidado;
que abrigo el bosque hojoso y honda gruta
saludable le daban y seguro
sin que la ley solícita pusiera
al campo setos o a los pueblos muro.
Todo era libertad, todo alegría,
inocente placer, paz venturosa.
¡Fugaz ventura! La soberbia diosa
de las aguas, Huitaca,
de los felices Mozcas envidiosa,
con súbita avenida
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
Concede a pocos la ardua sierra asilo,
el abismo voraz sepulta el resto.
Mas indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol: rompiendo
con su cetro divino la enriscada
montaña, abre a las ondas ancha puerta,
y el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
ya la prisión desdeña
de su materna orilla,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Vuelve el valle a la luz, y el Mozca al valle
y a la mísera gente
sagrado culto Nenqueteba y artes
y leyes dio; después que a la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el olimpo el argentado coche.

Ve, pues, a donde ostenta a tus pinceles
el fogoso ecuador sus maravillas.
Si tus colores más brillantes mueles
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genetal primero,
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida.
Pinta el fulgor sereno de la bella
noche, que todas las lucidas huestes
del cielo alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,
y la Paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Pinta el silvoso oscuro laberinto
que densamente entrelazadas tejen
ceibas, mirtos, y lauros,
y palmas empinadas, y volubles
bejucos, que de ajenas copas cuelgan
festones florecidos,
y vagas yedras, y doradas gramas,
y gigantescos troncos,
de su propia altivez desvanecidos;
donde entre sí las ramas
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, eterna guerra
traen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh quién contigo, amable poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su imperio estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
excenta, por las márgenes alegres
del Aragua moviera
el libre incierto paso,
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura
viese alumbrar la bóveda azulada
tus cuatro antorchas bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante

por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
mirase el aire hender, cual vagoroso
ejército de estrellas,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví doliente,
con que el yermo silencio
rompe a la noche el amador ausente!
¿Y posible será que destinado
he de vivir en sempiterno duelo,
lejos del suelo hermoso, el caro suelo
do a la primera luz abrí los ojos?
¡Cuántas ¡ah! cuántas veces
dando aunque breve, a mi dolor consuelo
oh montes, oh colinas, oh praderas,
amada sombra de la patria mía,
orillas del Anauco placenteras,
escenas de la edad encantadora
que ya de mí, mezquino,
huyó con presta irrevocable huida;
y toda en contemplaros embebida
se goza el alma, a par que pena y llora!
También humanas formas miro en torno,
y de una en una crédulo las cuento,
y el conocido acento
de amor y de amistad oigo y retorno.
¿Qué es de vosotros? ¿Dónde estáis ahora,
compañeros, amigos,
de mi primer desvariar testigos,
de mis antojos vanos y deseos
y locas esperanzas, que importuna
burló como las vuestras la fortuna?
Cual en extraño clima
por el aire natal suspira en vano,
a cual es fuerza que entre hierros gima,
o a no usada labor ponga la mano;
y de cuántos, oh Dios, de cuántos esta
lumbre solar que aquí descolorida
a un mundo exhausto da difícil vida,
y en la margen opuesta
del mar de Atlante hermosa brilla y pura,
o la losa funesta
dora, o los blancos huesos, que inhumana
venganza abandonó en yerma sabana
o en playa inhospital sin sepultura.
¡Ay! al alegre drama

do juntos yo y vosotros figuramos,
y los delirios de amorosa llama
o de aérea ambición representamos,
alegre drama mientras plugo al cielo
corrió fortuna inexorable el velo.
Vosotras a lo menos de esta grave
soledad el silencio doloroso
romped ahora, imágenes queridas;
cual otro tiempo en plática suave
usábades, venid, venid ahora,
engañad los enojos
de ausencia tanta: atravesad los mares,
quebrantad los cerrojos
del calabozo oscuro y de la huesa:
de mi lamento importunada, suelte
la cruda Parca alguna vez su presa.
¿Y qué más bien, que más placer me aguarda
fuera de esta ilusoria
farsa de la memoria
aunque el volver, que tanto tiempo tarda,
al terreno nativo,
me otorgue al fin el cielo compasivo?
Visitaré la cumbre, el verde soto,
el claro río, y la cañada amena;
mas a vosotros, ¡ah! mirar no espero.
No con alborozada enhorabuena
saludarme os oiré; no al cariñoso
regocijado seno he de estrecharos.
Diré a los ecos: los amigos caros,
la amada, el confidente, el compañero,
¿dó están? ¿a dó son idos?
Idos, dirán los ecos condolidos,
y en mi patria, ¡ay de mí!, seré extranjero.

III

Así doquiera con el bien los males
con el placer la pena
parten jurisdicción a los mortales.
Desde que abrimos al risueño halago
de la vida los ojos en la cuna,
a cada labio el destinado trago
templa de amargo y dulce la fortuna:
¿Sin liga quién gozó ventura alguna?
Crece el arisco cardo

entre el jazmín y el nardo;
y junto al mirto del amor, enhiesta
el ciprés su pirámide funesta:
que tal el fuero ha sido
dado a la tierra aquel aciago día
que el rebelado arcángel,
bajo la forma del dragón astuto,
sedujo al hombre, y temerario el hombre
osó gustar el prohibido fruto.
De allí nuestro dolor. Súbitamente
apareció la Parca, el descarnado
brazo de la fatal guadaña armado
que la terrena gente infatigable siega;
armóse de ponzoña la serpiente;
embravecida niega
la fiera vasallaje; vaga en torno
al fétido marjal cuadrilla aleve
de fiebres que al mortal incauto acecha;
a precio de sudor y de fatiga
vende el avaro suelo la cosecha;
manda diciembre el Aquilón airado
a sublevar el inconstante abismo;
y de intestinos fuegos trabajado
zozobra el orbe en fiero paroxismo.
¿Qué digo? El hombre mismo
la lista de sus males acrecienta,
y nuevos modos ingenioso inventa
de padecer, y cuantos da Natura
a cada criatura
medios de ofensa, acopia
contra su especie propia.
¿De qué oculta virtud, de qué elemento
no hizo infernal ensayo?
A la muerte alas dio, y en vez del lento
filo de la segur, prestóle el rayo.
Escala el solio la ambición tirana:
malvada sed de lucro y de dominio
a la playa africana
conduce el exterminio,
y al último Occidente, y a la Aurora;
el indio esclavo llora;
el hombre en hombres sin pudor trafica
¿y qué maldad quedó no perpetrada?
La Inquisición su horrible pira enciende
y humanos holocaustos sacrifica.
América también las furias llora

del hombre; allí la guerra encarnizada
unció también al carro sanguinoso
el espanto y el luto.

Mas no merced a ti, llama sagrada,
aliento de los héroes verdaderos,
dulce amor de la patria no sin fruto;
que con hado dichoso
la libertad allí aguzó su espada
y exterminó conquistadora al fiero
dominador ibero.

Da tu divino canto
sujeto es digno tuyo, poesía,
al gran triunfo de la patria mía;
y también a su llanto da tu llanto,
y sobre tanta lastimosa seña,
tanto desierto hogar, tantos amenos
campos de zarzas llenos,
tanta tumba inmadura
del valor, del saber, de la hermosura,
víctimas de cobarde tiranía,
los plañideros trenos
entona de la lúgubre elegía;
que siempre ha sido del dolor la cuerda
la que a tu plectro respondió más blanda,
y los afectos con que el pecho humano
espera o teme o goza o se contrista,
son a ti lo que al lienzo de italiano
o de flamenco artista,
la luz que fuerte o débil se reparte,
y prende en dulce suspensión la vista,
y da calor, y vida infunde al arte,

Ni sombras faltarán, bella pintora,
de la naturaleza, a tus matices,
ora por tema elijas
el huracán que con bufido horrendo
se lanza del abismo, y sacudiendo
las pardas alas, cuanto encuentra barre;
ora el volcán que mece
el alta cordillera
erizando entre espiras de humo denso
la roja cabellera;
ya la tiznada cumbre,
que bostezando trémula vislumbre
rompe a intervalos la nocturna sombra,
y de los elementos la preñada

conjuración revela, que en el seno
de los cóncavos Andes hierve oculta,
ya el terremoto airado,
que con la gente la ciudad sepulta
al eco ronco del tartáreo trueno,
y ministro de Némesis insulta
con pie desolador, las glorias vanas
de las artes humanas,
que en mudo asombro y soledad convierte,
acumulando en pavorosa escena
los estragos del tiempo y de la muerte.

IV

Vendrá también el día en que inspirado
de las divinas musas,
algún Marón americano ensaye
los blandos tonos de la lira etérea;
que a la hoz y al arado dicte leyes,
y las granjas, las greyes
ecuatoriales cante,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al hombre galardona.
¡Salve, Colombia, cual de libres almas,
de ricos frutos generosa madre!
¡Salve, zona fecunda,
que en dote recibiste cuanta copia
de cada suelo y cada clima es propia!
Tú las alegres uvas das a Baco;
tú a Ceres rubicunda
sus dorados manojos;
ni de purpúreos frutos, gualdos, rojos
falta matiz alguno a la corona
que a tu testada sien ciñó Pomona.
Tuya es la caña en que la miel circula
por quien el mundo ya el panal fastidia,
y tuyo es el nopal, de do pulula
animado carmín, que fuera envidia
al múrice sidonio.
A ti el añil su oscura tinta acendra;
la caraqueña almendra
se cuaja en urnas de coral; vestido
de cándidos jazmines
el árbol de Sabá su aroma engendra
que en el rijoso ardor de los festines

la insana fiebre templará a Lio;
y de la ágave el hueco tallo vierte
nativo vino; y la hoja de Morfeo
nutre el oliente zumo,
que disipado en humo
al cuidado hace treguas, y divierte
el lánguido fastidio al ocio inerte.
Para tu mesa la patata educa
sus harinosos globos, y prepara
la palta su manteca; ni es la yuca
del blanco pan de su raíz avara.
A ti el palmar su vario feudo cría;
a ti tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos pomos y franjadas flores.
Y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano
desmaya al peso de la dulce carga,
el banano, primero
de cuantos ricos dones,
otorgó Providencia a las naciones
del ecuador feliz con mano larga;
vegetal bienhechor, que no forzado
de humana industria, rinde el premio opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
cuidado escaso bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

V

Mas ¡oh si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de Natura esmero ha sido
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh si al falaz ruido
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que en el umbral le espera
del labrador sencillo,

lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
aquellos que Fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva,
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
los miembros el mancebo robustece:
mas la salud estraga en los abrazos
de pérvida hermosura
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
mas clavado tal vez le halla la aurora
a mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amator da la consorte
fácil oído: crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que esta fétida sentina
los ánimos produzca denodados
que fundan y conservan los estados?
¿Saldrá de la algazara de ebrios brindis,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud, parca, modesta,
adorno de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno,
brillar en torno espadas homicidas
en la dudosa lid verá sereno,
o arrostrará animoso, en la tribuna,

del engreído mando el genio altivo,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo de cantar lascivo,
que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en vergonzosa ociosidad el día
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra:
no; que fio las riendas del Estado
a la mano robusta
encallecida por el grave arado;
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

TERCERA PARTE

I

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, y al son del parche
que los maternos pechos estremece
pintar las huestes que furiosas corren
a destrucción, y al suelo hinchán de luto?
¡Oh si ofrecieses menos triste tema,
a bélicos cantares, patria mía!

.....
Despierta, oh Musa, tiempo es ya, despierta
algún sublime ingenio que levante
el vuelo a tan espléndido sujeto;
y que de Popayán la fama cante
y de la no inferior Barquisimeto,
y del pueblo también cuyos hogares
a sus orillas mira el Manzanares,
no el de ondas pobre y de verdura exhausto
que de la regia corte sufre el fausto
y de su servidumbre está orgulloso,
más el que de aguas bellas abundoso
como su gente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de esta y aquella deliciosa quinta;

que de Angostura las proezas cante,
de libertad inexpugnable asilo,
donde la tempestad desoladora
vino a estrellarse; y con suave estilo
de Bogotá los timbres diga al mundo,
de Guayaquil, de Maracaibo ahora
agobiada de bárbara cadena
y de cuantas provincias Cauca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdalena;
y cuantas bajo el nombre colombiano
con fraternal unión se dan la mano.

.....
Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
a la arrestada aunque pequeña tropa
que la defiende; en torno el enemigo
cuantos conoce el fiero Marte acopia
medios de destrucción: ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, y superior en armas
a cada brecha una legión se agolpa.
Cuanto el valor y el patriotismo pueden
el patriotismo y el valor agotan;
mas ¡ay, sin fruto! Tú de aquella escena
pintarás el horror, tú que a las sombras
belleza das, y al cuadro de la muerte
sabes encadenar la mente absorta.
Tu pintarás al vencedor furioso
que ni al anciano trémulo perdona,
ni a la inocente edad y en el regazo
de la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro
su furia insana en los demás desfoga
un enemigo que hacer siempre supo
más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar: el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya.
Estréchala a su seno: libertarme
de un cadalso afrentoso puede sólo
la muerte, dice: este postrero abrazo
me la hará dulce: adiós. Cuando con pronta
herida va a matarse, ella atajando
el brazo alzado ya, ¿tú a la deshonra

tú a la ignominiosa servidumbre, a insultos
más que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta falta, dice,
valor en mí; para imitarte sobra.
Muramos ambos: hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos: abrazados mueren.

.....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah! que entre escombros olvidar parece
turbio Catuche, tu camino usado.
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
calló? ¿Dó está la torre bulliciosa,
que pregonar solía,
de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
banquetes vio y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!
Tu que lidiando altiva en la vanguardia
de la familia de Colón, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
y si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algún tiempo la bandera
de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora;
florecerán la paz y la abundancia
en tus talados campos; las divinas
musas te harán favorecido albergue
y cubrirán de rosas tus ruinas.

.....

¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera
qué playa inhospital, donde antes solo
por el furor se vio de la pantera
o del caimán el suelo en sangre tinto,
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,

que en la yerta osamenta descarnada
patricia y española
no muestra ahora el sanguinario instinto
que también contra el hombre el hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! ¡cuánta tierra devastada,
cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien que ganaste al precio excede
¡y cuánto nombre claro
no das también al templo de memoria!

Con los de Curcio y Decio el de Ricaurte
vivirá, mientras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.
Viole en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo;
el despotismo sus falanges dobla
y aún no sucumbe al número el desnudo.
A sorprender se acerca una columna
el almacén, que con Ricaurte guarda
escasa tropa, él dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega
aléjales de sí, con leda frente
su intento oculta. Ya de espeso polvo
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los filos cae
del vencedor; mas no, no impunemente.
Ricaurte aguarda de una antorcha armado,
y cuando el punto que defiende mira
de la contraria hueste rodeado,
que ebria de sangre a fácil presa avanza;
cuando el punto fatal, no a la venganza
que indigna juzga, al alto sacrificio
con que llenar el cargo honroso anhela
llegado ve, viva la patria clama:
la antorcha aplica, el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vio vencedor Barquisimeto,
Miquital, Ocumare, Vigerima,
y dejando otros nombres, que ya dignos
ingenios mentarán en prosa y rima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,

monstruo de atrocidad más que española.
¿Qué si de Ribas a los altos hechos
dió la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué si, cautivo, el español insulta,
si perecer en vil suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿Si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa a su placer la tiranía
la muerte; no la gloria, que acompaña
al mártir de la patria en sus cadenas
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró, también de honor cubierto
entre víctimas mil Baraya, a manos
de tus verdugos, bárbaro Morillo.
Ni el duro fallo a mitigar fue parte
de la mísera hermana el desamparo,
que lutos arrastrando, acompañada
de cien matronas, tu clemencia implora.
Muera, responde, el traidor Baraya;
y que a destierro su familia vaya.
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
de libertad en tantas almas grandes?
De Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida y Pamplona,
y la de Freites derramada mira
heroico defensor de Barcelona;
Ortiz, García de Toledo expira,
Granados, Amador, Castillo muere;
yace Cabal de Popayán llorado,
llorado de las ciencias: mortal bala
el pecho de Camilo Torres hierde;
Gutiérrez el postrero aliento exhala;
perece Pombo que en el banco infausto
el porvenir de su país revela;
no la íntegra virtud salva a Torices,
no la modestia ni el ingenio a Caldas.
De luto está cubierta Venezuela;
Cundinamarca desolada gime
Quito digna, de ver perfidias llora
¿Pero cuál es de tanto estrago el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿México a su Visir postrada adora?

¿Ríndele Chile y el Perú tributo?
¿Puebla la Inquisición sus calabozos
de americanos; españolas cortes
dan a la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves
la avara Cádiz ve volver sus naves?
Una Provincia, un hombre a tu fortuna
volvió la rueda, y tu esperanza engaña.
Maldicen ambos mundos
tus triunfos malhadados, que fecundos
más que a ti de oro, son de oprobio a España.
Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro acaso
que imperios conquistaron con la espada
perdonarse la sangre derramada.
Mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna ya; tu efímera victoria
nada ha dejado, nada
a tu nación, excepto la vergüenza
de los delitos con que fue comprada.
Quien te pone con Alba paralelo
¡oh cuánto yerra! Austero, sanguinario,
bárbaro fue el ministro de Felipe;
mas no al influjo vario
de la fortuna comodó la frente;
no alternativamente
fue soldado feroz, patriota falso;
no proclamó la Inquisición un día
y por la libertad lidió el siguiente.
No supo traficar con el cadalso,
ni hizo de los indultos granjería.

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares
víctimas inmoladas a millares
pueblos en soledades convertidos
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos,
de exánimes cabezas decoradas
las plazas, aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas
entronizado el tribunal de espanto
que llama a cuentas el silencio, el llanto,
y el pensamiento a su presencia cita,
que al delator con la sustancia ceba

de la familia mísera proscrita
y a peso de oro en nombre de Fernando
vende el permiso de vivir temblando:
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores.
Mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!
¡Oh de Valencia abominable jura!
¿Será jamás que igualen tus colores
oh Musa, a realidad tan espantosa?
A la hostia sacrosanta en religiosa
solemnidad expuesta, hace testigo
del alevoso pacto el jefe ibero.
Entre devotas preces, que dirige
al cielo, autor de la concordia, el clero;
en nombre del presente Dios, en nombre
de su monarca y de su honor, a vista
de entrambos bandos y del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripción, fraternidad promete;
celebrase en espléndido banquete
la paz; los brindis con risueña cara
recibe; y ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infausto:
un mismo sol juradas vio las paces
Colombia, y tus patriotas expirando.

Tú en tanto en la morada de los justos,
sin duda, Ustáriz, ya la palma gozas
debida a tus trabajos, a tu celo
de innobles intereses desprendido;
alma incontaminada, firme, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en las sombras de la edad funesta
en que el premio de honor se dispensaba
sólo al que a precio vil su honor vendía;
en que el rubor de la virtud modesta
desdén y rebelión se interpretaba,
¿la música, la dulce poesía
son tu delicia ahora, como un día?
¿O a más altos objetos das la mente,
y con los héroes, con las almas bellas
de la pasada edad y la presente,
conversas, y el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
y los futuros casos de la grande

lucha de libertad, que empieza, lees
y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea,
Régulo, Codro, Trásea, Bruto, Decio,
cuantos inmortaliza Atenas libre,
cuantos Esparta, y el romano Tibre;
los que el Bático suelo y el Helvecio
muriendo consagraron; y Padilla
que ejemplo tanto en vano dio a Castilla;
Caupolicán, Guaicaipuro altivo
y España osado: con serena frente
Guatimozín te muestra el lecho ardiente.
Muéstrate Gual la copa del veneno,
Luisa el cruento azote y Policarpa
de balas traspasado el blanco seno.

A ti también, Javier Ustáriz cupo
acerbo fin. Atravesado fuiste
de hierro atroz, a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo de piedad desnudo.
En la tuya y la sangre de tus hijos
a un tiempo la infeliz se vio bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela
que aún hoy de tanta pérdida preciosa
apenas con sus glorias se consuela!

Miranda, de tu nombre se gloria
también Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
patriota ilustre; que proscrito, errante,
no olvidaste el cariño
del dulce hogar que vio mecer tu cuna,
y ora blanco a las iras de Fortuna
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
al rey que de dos mundos era dueño,
y desde las orillas de Inglaterra
diste aliento al clarín, que el largo sueño
disipó de la América, arrullada

por la superstición. A sus esfuerzos
no se negó tu ya famosa espada;
y si, de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fue el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia;
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte
triumfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre Girardot también la fama
hará sonar en inmortales cantos
que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste sí, mas vencedor caíste,
y de la patria el Pabellón triunfante
sombra te dio al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vio acabar tus días,
mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vio el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, y de las prendas todas
que honran la humanidad, cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vio la sonrisa aleve
de la fortuna y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario soez pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
a la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre y llanto está su sien desnuda
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad no sólo
fue defensor sino maestro y padre.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh desgraciado Piar!
su voz divina que los altos hechos
redime al tiempo y a la Parca avara.
Bien sus proezas Maturín declara,
y Cumaná con Güiría y Barcelona;
y del Juncal el memorable día
y el campo de San Félix las pregona,
que con denuedo tanto y bizarría
las enemigas filas disputaron
pues aun postradas por la muerte guardan
el orden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí! ¡si tanta gloria
algún fatal deslíz no oscureciera!

Doquiera que la vista se dirige
documentos la asombran de heroísmo.
¿La retirada que Mac Gregor rige
diré, y aquel puñado de valientes
que rompe osado por el centro mismo
del poder español y a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella?
¿O las que de Carúpano en los valles
o en las campañas del Apure han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallón diré que, en la reñida
lidia de Bomboná, las bayonetas
en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima
y de la fortaleza se hace dueño
que las armas patriotas desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne
de que Rondón de bocas mil que muerte
sobre erizados riscos, que aquel día
oyeron de hombres la primer pisada,
y al español sorprende, ataca, postra?
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guía
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, y a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de las riendas,

fiados a la boca los aceros,
su honda corriente atravesar a nado,
y de las contrapuestas baterías
hacer huir al español pasmado?

Como en la mesa opípara, que junta
cuanto puede halagar el apetito,
perdida entre lo vario y lo exquisito
de viandas con que el gusto se festeja
se halla la vista y la elección perpleja;
o como en el jardín que han adorna
naturaleza y arte a competencia,
con vago revolar la abeja activa
la más sutil y delicada esencia
de las más olorosas flores liba,
la demás turba deja, aunque de galas
brillante, y de suave aroma llena,
y torna, fatigadas ya las alas,
de la dulce tarea, a la colmena:
así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña;
y a quien la lira en él y la voz pruebe
solo dado será dejar vencida
de empeño tanto alguna parte breve.
¿Pues qué si a los que vivos todavía
la patria goza y plegue a Dios que el día
en que los llore viuda, tarde sea
no se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, y de Chile
despedazó los hierros, y de Lima?
¿O al que de Cartagena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O con funciones mil pavor y espanto
al español y a Marte, lo pusiera
puso con su marcial legión llanera?
¿O al héroe ilustre que de lauro tanto
la frente adorna antes de tiempo cana,
que en Cúcuta domó y en San Mateo,
y en el Araure la soberbia hispana;
de quien los campos que el Arauca riega
y los que el Cauca y los que el ancho Apure
nombre darán que para siempre dure,
que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
y en Boyacá; donde un imperio entero

fue arrebatado al despotismo ibero?
Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete,
a ingenio más feliz, más docta pluma
su grata patria encargo tal comete;
que como aquel samán que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
y que en torno a su basa corpulenta
vio el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano:
digna de que la lleve dulce rima
y culta Historia al tiempo más lejano.

FIN